

Entre naturalismo y escepticismo. David Hume. Naturaleza, conocimiento y metafísica. Francisco Pereira Ganderillas

VICENTE SANFÉLIX VIDARTE
Universidad de Valencia

Entre naturalismo y escepticismo. David Hume. Naturaleza, conocimiento y metafísica.
Francisco Pereira Ganderillas*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado. Santiago de Chile. 2009. 329 páginas.

Pocas y ya antiguas son las monografías dedicadas al pensamiento de David Hume originalmente redactadas en castellano. Si a ello añadimos que pocos autores clásicos han sufrido en su exégesis una transformación tan radical como la que ha experimentado la obra del filósofo escocés en el último cuarto de siglo se comprenderá al punto la oportunidad del libro de Francisco Pereira.

Este joven profesor chileno nos ofrece en su libro una presentación clara y absolutamente actualizada, por lo que hace a la bibliografía secundaria de la que se sirve, de la parte más fundamental de la metafísica y teoría del conocimiento humeana, siguiendo para ello, básicamente, la presentación que de la misma hizo Hume en el libro I del *Tratado de la naturaleza humana* (las referencias a la *Investigación sobre el entendimiento humano* son menos sistemáticas aunque, a veces, importantes).

El libro está dividido en cinco capítulos cerrados cada uno con una serie de lecturas recomendadas sobre los temas en ellos tratados. Antecediéndolos una «Introducción» en la que, aparte de unos muy escuetos datos biográficos, se señalan varias de las múltiples y diversas influencias que Hume recibió: Sexto Empírico, Montaigne, Locke, Malebranche, Newton, Bayle, Berkeley, Hutcheson y que le ayudaron a cristalizar una filosofía de índole ilustrada y secular en la que se combinan las vetas escépticas y naturalistas. Precisamente compatibilizar las consecuencias escépticas de la teoría del conocimiento humeana con los presupuestos metafísicos realistas sobre los que tanto han insistido los intérpretes partidarios del «New Hume» (Wright, Strawson, etc) es reconocido por Pereira como el principal desafío que su libro afronta.

Conclusa la introducción el primer capítulo del libro está dedicado a la teoría de las ideas de Hume. Pereira empieza por señalar el marco lockeano en que esta se mueve para pasar

Fecha de recepción: . Fecha de aceptación: .

* Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación titulado «Crítica de la religión, imágenes de la alteridad y cosmopolitismo. Una nueva lectura del pensamiento ilustrado y una defensa de su vigencia», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación (referencia: FFI2008-00725/FISO).

después a presentar la teoría humeana de las percepciones y su clasificación de las mismas en impresiones e ideas, simples y complejas, de sensación y reflexión. Al hilo de esta presentación discute Pereira algunos de los puntos más problemáticos que la teoría humeana de los componentes de la mente presenta, tales como el criterio de distinción entre impresiones e ideas —oficialmente la diferencia en su fuerza y vivacidad— o entre percepciones simples y complejas —que pivotaría en torno al que algunos han bautizado como principio de separabilidad—. Pereira aplica en todos estos casos, como lo hace a lo largo de todo el libro, un muy loable y generoso principio de caridad interpretativa procurando hacer de los planteamientos de Hume no sólo un pensamiento coherente sino también verosímil. En este punto, no obstante, semejante tarea resulta hartamente difícil.

A continuación Pereira presenta «el principio empírico» —también conocido como «principio de la copia»—, herramienta clave de la epistemología humeana, precisando su relación con algunos principios semánticos propios de la filosofía analítica del siglo XX y su naturaleza puramente empírica, lo que le lleva a considerar el famoso contraejemplo, señalado por el propio Hume, del «matiz de azul», contraejemplo para el que, argumenta Pereira bastante convincentemente, la teoría humeana de la semejanza natural entre percepciones simples podría proporcionar una respuesta plausible. Sin embargo, quizás el problema fundamental que «el principio empírico» presenta, más que en los posibles contraejemplos que puedan imaginarse al mismo, radique en la combinación de su estatuto empírico con el uso crítico que Hume le otorga. ¿Cómo pasar del es de toda idea derivándose de una impresión previa al debe de toda idea, para ser legítima, de hacerlo? Este problemático tránsito no lo explicó nunca Hume y Pereira tampoco lo considera.

El capítulo concluye con una discusión de la naturaleza de las ideas como imágenes al hilo de la cual presenta Pereira el nominalismo de Hume. Pero, de nuevo, quizás el problema principal queda soslayado. Porque, ¿acaso resulta verosímil una teoría ideacional del pensamiento —no digamos ya del significado— si las ideas se interpretan como imágenes mentales?

El segundo capítulo, dedicado a «El principio de causalidad y los límites del conocimiento», se abre con una exposición del celeberrimo «Hume's fork», su distinción de relaciones de ideas y cuestiones de hecho; dicotomía que marca las diferencias del empirismo de Hume con respecto a cualquier forma de racionalismo y que tiene consecuencias inmediatas en cuanto se aplica al análisis del principio de causalidad, principio que para Hume, según Pereira, no tendría sino el estatuto de una generalización empírica.

Una vez más, Pereira defiende al filósofo escocés de las acusaciones de quienes han considerado que su estrategia para establecer este punto —defender que el comienzo de la existencia de algo sin una causa es perfectamente concebible— resulta inválida o circular, a la vez que, haciendo de nuevo uso del principio de caridad interpretativa, nos propone que no nos dejemos llevar por la terminología que Hume utiliza y no consideremos a los objetos, sino a los eventos, como los relata propios de la relación causal. En líneas generales, la argumentación de Pereira resulta convincente, aun si a veces resulta un tanto confusa, como cuando atribuye a las premisas de un argumento silogístico («X o Y» y «No Y») el estatuto de proposiciones auto-evidentes y analíticas (p. 114).

Del mismo modo defiende Pereira muy convincentemente los puntos de vista escépticos humeanos acerca de la inducción, a saber: que esta no puede equivaler nunca a una demos-

tración ni puede justificarse probabilísticamente sin incurrir en crasa y viciosa circularidad, y que, en consecuencia, cuando razonamos inductivamente, carecemos de toda justificación normativa estrictamente racional y lo hacemos apoyándonos sobre una especie de instinto natural. Lo cual no significa tanto que la inferencia inductiva sea contraria a la razón, entendida esta en un sentido amplio, como una especie de causa cuyo efecto natural es la verdad, cuanto que en la base de este tipo tan importante de inferencias no subyace sino un modo de razonar que compartimos con los animales, la inferencia animal.

El tercer capítulo, «Imaginación, naturaleza y proyección causal», presenta en primer lugar la teoría humeana acerca de la imaginación y los principios asociativos que rigen la misma, señalando algunas influencias que Hume pudo haber recibido e, incluso, los presupuestos mecanicistas que pueden haber estado en la base de la misma, presupuestos sobre los que, no obstante, Hume ni insiste ni desarrolla.

A continuación Pereira aborda el análisis humeano de la causalidad, prestando especial atención a la idea de conexión necesaria y al modo como el filósofo escocés la retrotrae a una impresión de reflexión que experimentaríamos como consecuencia de la reiterada experiencia de la conjunción constante de los eventos causalmente relacionados; de este modo, la creencia en el inevitable acaecimiento del evento causalmente inferido sería el resultado de la experiencia y la costumbre. Pereira, no obstante, no se detiene a considerar la insatisfacción de Hume con su teoría de la creencia, ya puesta de manifiesto en el Apéndice de su *Tratado*.

El capítulo se cierra con una consideración de la doble definición de causa que Hume ofrece tanto en el *Tratado* cuanto en la primera *Investigación* y que tanta perplejidad ha desatado entre sus comentaristas. Frente a quienes han opinado que sólo una de ellas representa genuinamente la concepción humeana de la causalidad, Pereira presenta dos lecturas compatibilistas, las de Johnson y la de Garrett, dejando al lector la tarea de decantarse por una de ellas.

El IV capítulo está dedicado a exponer la teoría humeana acerca de «La creencia en el mundo externo»; tema que quizás no haya merecido en la literatura especializada toda la atención que merece. Pereira ofrece en este apartado de su obra una buena reconstrucción de la argumentación de Hume en la segunda sección de la IV parte del *Tratado*; argumentación que lleva al filósofo escocés a descartar la posibilidad de que sean los sentidos o la razón las facultades que se hallan en el origen de una tal creencia, par hacer responsable de la misma a la imaginación, quien a partir de algunas propiedades de nuestra experiencia sensorial —su constancia y coherencia— crearía la ficción de unos cuerpos existiendo continua e independientemente de nuestro percibirlos.

Si el capítulo IV es de cariz fundamentalmente expositivo, el capítulo V, «Realismo y escepticismo», es de naturaleza básicamente crítica. En cierto modo, este último capítulo constituye la conclusión del libro y en él se redondea la interpretación previamente presentada tanto acerca de la teoría humeana acerca de la causalidad cuanto acerca de la existencia del mundo externo.

Pereira se enfrenta en este punto a las propuestas realistas de los neo-humeanos, quienes han atribuido a Hume el compromiso ontológico con una Realidad —con mayúsculas— poblada por un conjunto de objetos dotados de poderes causales que determinarían la existencia de una serie de conexiones nomológicas entre los fenómenos.

Entre las clásicas interpretaciones escépticas del pensamiento de Hume y las de los neo-humeanos, Pereira busca situar su propia interpretación, según la cual, sin negar que el realismo metafísico es una tesis compatible con los planteamientos filosóficos del pensador escocés, tampoco le atribuiría un decidido compromiso con el mismo, dado justamente los límites empíricos que su teoría fija al conocimiento.

Se trata, en suma, de una interpretación prudente y ponderada del pensamiento de Hume, aunque no obstante cabría preguntarse si no pende de una interpretación discutible del equilibrio que en el pensamiento humeano se da entre «lo vulgar y lo filosófico». Pereira asume claramente que para Hume el punto de vista vulgar es erróneo y el filosófico correcto, pero a fin de cuentas fue el propio Hume quien afirmó que la verdadera filosofía está más cerca del sistema vulgar que del sistema filosófico propio del realismo metafísico y representacional (que Hume atribuye a la filosofía moderna), o quien dejó escrito que, a fin de cuentas, «las decisiones filosóficas no son más que reflejos sistematizados y corregidos de la vida diaria». (EHU. 12.3.25. SBN 162).

Fuera como fuere, y por más allá de las discrepancias que puedan tenerse para con la interpretación que Pereira ofrece del pensamiento de Hume, no cabe sino concluir que su trabajo constituye una excelente aportación a la bibliografía en castellano sobre el genio de Edimburgo. Sólo cabe, pues, concluir esta breve reseña con la expresión de un deseo: que las editoriales universitarias de los diferentes países que componen la comunidad iberoamericana agilicen sus relaciones de modo tal que los valiosos libros que ellas editan, y de los que el libro de Pereira es un magnífico ejemplo, resulten fácilmente accesibles a los estudiosos que en ella se desenvuelven.